



ESPÉRAME EN EL *Café Navidad*

DANIEL DE LA PEÑA

Selecta



Espérame en el café Navidad

Daniel de la Peña

Selecta

Prólogo

¡Me encanta este día! Lo sé, soy una romántica empedernida de las festividades navideñas. El veinticuatro de diciembre es una fecha que me llena de ilusión, paz y alegría. Así que, aunque esté nevando, el aire helador congele cada poro de mi piel y la factura de la luz y de la calefacción del local este mes sea desorbitada, estoy contenta.

Voy caminando por la calle, en dirección a mi preciosa cafetería, canturreando villancicos, abrigada con una enorme bufanda con motivos navideños y superfeliz por hacer que decenas de personas disfruten de un delicioso café en un día tan señalado, ¡hoy es Nochebuena!

Me llamo Belén, tengo mi propio negocio desde hace cuatro años. Además, me encanta celebrar los cumpleaños, aniversarios, las fiestas y, como imaginarás, la Navidad es uno de los momentos más señalados del año. No te confundas, tampoco soy del tipo de personas que está con un chute potente de energía positiva durante todo el día. Pero si puedo darle valor a los pequeños o grandes momentos que se dan durante la jornada, ¡pues lo hago! Me importa una leche lo que piense la gente, así que me corrijo; ¡soy de ese tipo de personas que viven en una realidad que se centra en lo positivo!

Por si te preguntas cuál es mi negocio, te voy a responder emocionada: tengo la cafetería más mona, ideal y fantástica de Zaragoza. Si esto fuese un mensaje de WhatsApp lo habría inundado con una cantidad desorbitada de emoticonos de corazón, sonrisas y arcoíris. Está ubicada en el centro, ¡el alquiler es carísimo!, pero como tengo muchos clientes, y muy fieles, puedo permitírmelo. Además, sé con toda seguridad que preparo unos cafés que tumban cualquier día pesado, tedioso o triste porque, además de estar deliciosos, los hago con mucho cariño y eso se nota. ¡Por eso vuelven mis clientes! Mis cafés son amorosos.

Por mi vida sentimental mejor no me preguntes. A mis treinta años he tenido tres novios y los tres *gilipichis* me han dejado por lo mismo. «Belén eres una mujer encantadora, pero necesito otra cosa en mi vida», argumentaron cada uno de ellos. ¿Sabes qué era lo que necesitaban? ¡Que los putearan!, ¡como lees! A muchos tíos les va la marcha. Será que las chicas dulces, empáticas y con corazón no estamos de moda... Así que, en lugar de quedarme en casa llorando, sin entender cómo los hombres eran tan gilipollas —disculpa por las palabrotas, sé que van dos y no

suelo decirlas, pero es que mis ex me ponen de mala hos... ¡leche!, de mala leche—, decidí que todo el amor que llevo dentro lo iba a compartir, primero conmigo misma, y después con los clientes de mi cafetería. Y por ese motivo estoy tan contenta de trabajar un día tan especial como lo es hoy, Nochebuena, porque va a ser superespecial compartirlo con toda la gente que cruce la puerta de mi negocio, dispuesta a pasar el mejor momento del día. ¡Ay, estoy emocionada!

Me detengo delante de la puerta de la cafetería, subo la persiana y, antes de entrar, suspiro con alegría. ¡Seguro que hoy será un día inolvidable!

Capítulo 1. El primer reparto de la mañana

¡Ya está todo listo! Son las ocho de la mañana y el Café Navidad, así se llama mi cafetería, está preparado para otra jornada navideña repleta de tostadas, cruasanes, café, té y lo que se les antoje a nuestros clientes. ¿Quieres un gofre?, ¡te lo preparo del mil amores! ¿Te apetece una crepe salada?, ¡marchando! En el Café Navidad tus gustos culinarios son nuestra prioridad y tú eres la persona más especial del mundo, ¡no!, del universo, cuando cruzas la puerta y entras para disfrutar de un gran desayuno.

La cafetería no es muy grande. Sin embargo, es preciosa. Tiene dos enormes ventanales que dejan ver el interior del local y ocupan casi toda la pared exterior, en el medio está la puerta de cristal y la fachada es de ladrillo rojo. El cartel está centrado, justo encima de la puerta, y he colocado bombillas de colores que adornan los ventanales para darle un toque navideño. ¡Quedó ideal la foto de la fachada con las luces en la cuenta de Instagram!

Por dentro es más bonita aún. Las paredes y el techo están pintadas de blanco para dar más amplitud al lugar. Las mesas de madera con las patas de metal se distribuyen por toda la estancia y las sillas son todas de diferentes estilos, ¡el resultado es fabuloso! Una preciosa fusión de colores, telas, maderas y muebles que, desde su personalidad, combinan a la perfección.

¡Ay, estoy enamorada de este sitio! Adoro pasar las horas aquí, preparando cafés e infusiones. Aunque lo que más me gusta es conversar con todos y cada uno de los clientes que pasan por aquí. Algunos nos visitan de forma ocasional, la cafetería es muy céntrica y vienen turistas; otros se dejan caer todos los días y muchos ya son como amigos. Siempre que vengo, agradezco al universo la suerte que tengo por trabajar aquí, ¡me chifla!

Estoy detrás del mostrador, organizando platos, tazas y cubiertos cuando aparece Ricky, el repartidor de una empresa familiar que prepara tartas caseras. Hoy trae tarta de queso, otra de chocolate blanco y una de turrón.

—¡Buenos días, Ricky!, ¿qué tal? —le saludo con alegría—. ¡Um, huele de maravilla!

—Buenos días, Belén —contesta al mismo tiempo que sonrío—. ¡Lo sé!, me comería todo lo que tengo en la furgoneta —bromea.

—¿Quieres un café? —le propongo.

Apoya las cajas con la repostería sobre el mostrador antes de resoplar.

—Hoy tengo un día de locos. Como es Nochebuena, ¡todo el mundo nos ha hecho más encargos y los quiere para ya! —responde agobiado.

—Vaya, ¡aunque es genial que tengáis más trabajo! —Siempre veo el lado positivo.

—Claro, pero como estoy yo solo para todos los repartos, ¡me estreso a tope! —suspira.

Ricky es jovencito, tendrá veintipocos años, es guapote. Es el típico ligón de la universidad: alto, fuerte, rubio, mentón masculino, ojos azules y grandes manos. Aunque lo más bonito del repartidor es que tiene un corazón de oro.

—Como sé que me has puesto la primera en tu lista de repartos, ¡te invito a un cortado con mucha espuma! —le tiento.

—¿Y con cacao en polvo? —pregunta, relamiéndose los labios.

—Ya sabes que sí. —Le guiña un ojo.

Mientras preparo el café, me intereso por la historia que me contó la última vez que charlamos. Como estamos solos en la cafetería, nos brinda la intimidad que requiere un asunto así.

—¿Qué tal con Berta? —suelto sonriendo—. ¿Me hiciste caso?

—Bueno... a medias... —Está sonriendo con mucha intensidad, ¡eso es que le fue bien!—. No la llevé al teatro como me propusiste, ¡la llevé al concierto de Lola Índigo!

Ricky está pilladísimo por una chica de la universidad, pero no sabía cómo proponerle salir a hacer algo más que estudiar o compartir alguna conversación por redes sociales. Así que hace unos días me pidió consejo. Yo le recomendé que le propusiera hacer algo fuera de la universidad, como ir al teatro o a dar un paseo.

—¿Y qué tal? —insisto mientras le sirvo el café.

—¡Lo pasamos genial, Belén! —Apoya los brazos sobre el mostrador y mira al infinito—. ¿Puedo contarte una cosa?

—Sabes que sí —susurro.

—No se llama Berta, se llama Alberto. Me inventé que era una chica. Aunque él es un chico.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—No sé... Todos me ven como el típico rompecorazones heteronormativo. Creo que es por mi aspecto físico, pero a mí me gustan los chicos —confiesa—. No lo oculto. Mis padres y mis colegas saben que soy gay. Sin embargo, a los demás no me hace gracia contárselo.

Me inclino hacia él con ternura.

—No tienes que dar explicaciones a nadie sobre tu vida sentimental —le digo—. A mí tampoco. Lo que realmente me importa es que hayas sido capaz de pedirle una cita a la persona que te gusta y que lo pasarais bien juntos.

—¡Nos besamos antes de despedirnos!, ¡fue superguay! —exclama—. Y a ti sí que me apetece contártelo, porque tú también eres genial —concluye.

—Oye, no me hagas la pelota, que ya te he invitado al café —bromeo.

Ricky da un sorbo y se relame.

—¡Está buenísimo, Belén! —celebra—. Y no te hago la pelota, ¡es la verdad! Eres con la única clienta que me paro a hablar y que me invita a cortados.

Después, mira su reloj y da un saltito gracioso. Mientras, preparo otro café y lo sirvo en un vaso de cartón.

—¡Me voy o llegaré tarde a los repartos! —chilla con gracia—. Te he metido unas palmeritas de choco que hace mi madre y están muy ricas. ¡Es mi regalo de Navidad! —Levanta el brazo en señal de victoria por hacerme un regalo tan ideal. ¡Veis como es un amor de chaval!

Ladeo el culo al mismo tiempo que apoyo los brazos sobre la cadera. ¡Siempre es tan detallista este chiquillo, que quiero devolverle el favor!

—Eres un sol, Ricky. Toma. —Le paso el vaso de cartón con una tapa de plástico—. Te he preparado otro café, este es para llevar.

—¡Ay, qué guay, Belén!, ¡me vendrá de lujo para recargar las pilas! —agradece con simpatía.

—Y ya me contarás que tal te va con Alberto, ¿ok?

—Me paso todo el día hablando con él por WhatsApp. —Pone una cara de tonto que dan ganas de abrazarlo—. Dentro de un par de días hemos vuelto a quedar. Yo te informo de todo, sargento Belén. —Me saluda colocando la mano sobre la frente, como si fuese un militar, antes de marcharse.

Me echo a reír al mismo tiempo que saco las tartas de las cajas y las coloco en los mostradores de cristal, para que los clientes observen la pinta tan apetitosa que tienen. La de chocolate me mira a los ojos y sé que está chillando que me coma una porción. Me relamo, parto un trozo y lo sirvo en un plato. Hoy no voy a pensar en las calorías, ni en los kilos de más, ni en lo mucho que tendré que correr para quemar todo el chocolate que voy a meter en mi cuerpo. ¡Me merezco un trozo de tarta!

La ración tiembla de emoción sobre el plato porque sabe que la voy a devorar en cuestión de segundos. Sin embargo, presa de la excitación del atracón de azúcar, chocolate y bizcocho que me voy a regalar, no me doy cuenta de que en el suelo hay una bayeta mojada que piso. Me resbalo, lanzando por los aires el plato con la tarta. Observo inmóvil cómo vuela la ración y soy incapaz de reaccionar hasta que el puto —lo sé, otra palabrota, ya llevo tres— trozo de tarta se estampa contra mi cara, dejándome más noqueada que un niño que se estrella contra un charco.

¡Caray! Tengo todo el rostro cubierto de chocolate y bizcocho. Saco la lengua para intentar probar el pastel y ¡um!, ¡está delicioso! Me miro en uno de los espejos para ver cómo estoy antes de lanzar una sonora carcajada, ¡estoy horrorosa!

Se escucha la puerta. ¡Ay, no puede ser! Acaba de entrar un cliente y yo con estas pintas.

—Buenos días, cariño —saluda doña Olga—. Seguro que soy la primera en... ¡Aaaah!, ¡qué susto! —chilla sobresaltada al verme con la cara envuelta en chocolate—. ¿Qué te ha pasado?, ¿se te ha cagado una tarta? —bromea al recuperar la compostura.

—Buenos días, doña Olga —saludo entre risas—. Iba a comerme una ración de pastel y me he

resbalado. Lo que ha pasado después, lo puede ver en mi cara.

—Iba a pedirme una porción de tarta de chocolate para desayunar. Así que, si no me la cobras, me como la que te cuelga de la barbilla —estalla en risas.

—Voy a lavarme y ahora vengo —le aviso.

Pero entra alguien con prisa y angustia. Es un hombre de unos cuarenta años.

—¡Ayuda, por favor!

Capítulo 2. La adorable pelirroja

—¿Qué ocurre? —pregunto sobresaltada mientras siento cómo el chocolate resbala por mi cara.

—¡Mi mujer!, ¡mi mujer! —grita el desconocido.

—¿¡Tu mujer, qué?! —exclama doña Olga.

—¡Está tumbada en la calle!, ¡se ha puesto de parto! —nos informa, blanco.

Paso un paño limpio por mi rostro para quitarme los trozos de tarta mientras salgo del mostrador para acercarme al hombre.

—Vamos a buscarla y que entre aquí —le propongo con seguridad. Quiero que se relaje, por eso me muestro segura de lo que vamos a hacer—. Aquí no tendrá frío y podrá descansar sobre una silla cómoda mientras llamamos a la ambulancia para que vengan a atenderla ¿ok?

El hombre asiente y traga saliva. Después, le acompaño a la calle, caminamos unos metros hasta que llegamos a donde está su mujer. Ella me mira con descaro mientras resopla. Es pelirroja, tiene los ojos marrones y lleva una gabardina larga que está desabrochada.

—¿¡Qué tramas, Paco?! —espeta furiosa—. Este hombre se ahoga en un vaso de agua. Está más nervioso que yo, ¡menos mal que no tienes que parirlo tú! —protesta.

Yo me quedo muerta. No sé qué decir. Bueno, sí. Os aseguro que esa mujer no necesita nada de ayuda. Tiene tanta energía que ¡ella sola podría parir a todo el equipo del Real Zaragoza! De hecho, creo que el que necesita ayuda ¡es él!

—Cariño, solo he ido a buscar un poco de... —balbucea el futuro papá.

—¡Un taxi! —exclama ella—. ¡Un jodido taxi tenías que haber buscado! Y no asustar a personas que no conocemos de nada. ¿Quién es ella?

La mujer se levanta sola del suelo mientras se sujeta con una mano la prominente barriga. ¡No sé si siento admiración ante su fortaleza o miedo! Como se le cruce el cable y nos suelte un sopapo nos lanza al suelo a su marido y a mí. Evito pensar que está loca y decido ayudarla. Así que contengo el aliento y le doy la mano.

—Me llamo Belén. Soy la dueña de la cafetería que está aquí al lado. Será mejor que entres para que no cojas frío mientras esperáis a que venga una ambulancia o un taxi —le propongo con

dulzura.

—¿No será una jugarreta para vendernos un café o un desayuno? —rechista la embarazada.

Me armo de paciencia para no enviarla a tomar por saco. Seguro que está atacada de los nervios porque va a ser mamá. Decido ignorar su comentario.

—No tenéis que pedir nada —le aclaro.

—¡Pues para adentro!, ¡el suelo es incomodísimo! Prefiero esperar sobre una silla —accede la mujer.

—¡¿Ves, cariño?! Llevaba razón en pedir ayuda —añade el hombre.

—Razón llevaba mi madre cuando aseguró que eras un blandengue —le acusa.

Cuando entramos en la cafetería se nos acerca doña Olga para informarnos de que acaba de llamar para que venga una ambulancia.

—¿Cuánto tardan? —quiere saber la embarazada.

—No lo sé. Han dicho que vendrán lo antes posible —responde mi clienta.

—Eso no me sirve, ¡necesito saber cuántos minutos tardan!, ¿o queréis que retenga al bebé e intentar no dar a luz lo antes posible?

—No me han comentado nada más —suspira doña Olga al mismo tiempo que se encoge de hombros.

—¡Es que nadie sabe hacer nada bien! ¿Cuándo viene la puta ambulancia? —exclama.

—Tranquila, ¡todo saldrá bien! —intento calmar a la mujer.

—Claro, ¡es muy fácil decir eso! Tú no estás gorda como una cerda, a punto de dar a luz y rodeada de gilipollas. Me estáis poniendo muy nerviosa el imbécil de mi marido, la maruja y tú con vuestra ayuda de mierda —nos ataca.

¡Caray! La pelirroja es intensita. Miro a doña Olga con complicidad, intentando tranquilizarla para que no le responda una de las suyas. ¡Es tarde! Doña Olga acaba de resoplar, ¡eso es que va a disparar en tres, dos, uno...!

—Mira, bonita. A mi amiga y a mí nos hablas con respeto o vuelvo a llamar al hospital para que anulen la ambulancia y te largas a tomar por culo. Así que, o nos pides disculpas o te levantas de la silla y te vas —le exige.

La embarazada se queda en silencio unos segundos. Suspira de mala gana. ¡Ay!, ¿qué pasa? Esta zumbada es capaz de sacudirnos.

—Lo siento —susurra—. Estoy cagada de miedo y no sé cómo gestionar todo lo que siento en estos momentos. Siempre suelo pagar mi malestar con mi marido, pero me he excedido con vosotras —asegura en un amago de autocrítica.

—Si te disculpas conmigo, no estaría de más —añade Paco.

Doña Olga y yo lo miramos estupefactas, ¿esto es real? Acabo de abrir la cafetería y estamos presenciando en directo un culebrón turco.

—¡Paco, no me toques los ovarios! —exclama.

—¡No, cariño! Me tratas fatal. Desde que estás embarazada no me hablas con dulzura, solo me

insultas o me atacas sin venir a cuento. ¡No puedo más! O te disculpas conmigo o salgo por esa puerta y no regreso más —le advierte, señalando la salida.

¡Ay, la leche! Que se convierte en madre soltera antes de que nazca el bebé. Esto no puede estar más emocionante, ¡aunque mi corazón está a punto de estallar de la tensión que se respira!

—¡Vamos a tranquilizarnos un poco! —propongo.

—¡No! —exclama doña Olga—. ¡Que se disculpe con Paco! Ha sido una tirana con él.

Yo flipo. No doy crédito. Sé que a mi clienta le encanta estar en todos los fregados, ¡pero que interviniese echando leña al fuego no lo esperaba!

—La señora lleva razón, ¡eres una tirana! —añade él.

—¿Ahora se te ocurre tener los cojones de plantarme cara, Paco? ¿Ahora? ¡Estoy a punto de tener el niño! —pregunta ella desconcertada.

—Nunca es tarde —apunta Paco—. Estoy hasta las narices de tus gritos, palabrotas y acusaciones. ¡No puede ser que todo lo haga mal!

—Además, ¡me estás dejando como una ogra delante de estas desconocidas! —señala la pelirroja.

—No, bonita. De eso ya te has encargado tú —explica doña Olga.

—Valgo más de lo que piensas —solloza él.

—Lo sé, Paco. ¡Eres el amor de mi vida! Pero a veces me dan ganas de estrangularte de lo torpe que eres. Además, no sabes lo duro que es estar embarazada; las náuseas, los dolores, las tetas me van a explotar y no puedo andar con normalidad. Quería apoyarme en ti y sin embargo te he puteado durante este tiempo —reconoce la pelirroja—. Lo siento, Paco.

—Tú también eres el amor de mi vida. —Él se lanza a abrazarla.

—Es un calzonazos —me susurra doña Olga.

Yo evito reír para no liarla más.

—Voy a llamar a la ambulancia para saber cómo van —apunto.

—¡No!, ¡no llames! ¡Ayudadme! ¡Voy a tener el bebé!

Capítulo 3. Nueva vida

Estamos un poco atacadas de los nervios, ¡muy atacadas! La ambulancia no llega. La embarazada está gritando como una majara, se ha quitado los pantalones y las bragas y está decidida a traer a su bebé en mi cafetería. Doña Olga me ha pedido varias toallas, yo he ido a buscarlas mientras escucho a lo lejos cómo la mujer que está a punto de dar a luz pide que le sirvamos un vaso con tequila, ron o algo que apacigüe su dolor. ¡El alcohol lo necesito yo! Creo que esta situación se me va de las manos y noto que mi corazón late a mucha velocidad.

El marido corretea de un lado a otro del establecimiento, está sudando y habla sin parar. No sé qué dice. He dejado de escucharle desde hace unos minutos. ¡No lo aguantaba más! Dejo las toallas sobre el suelo y vuelvo a la realidad.

—Cariño, lo vas a hacer genial, ¡tú puedes! —la anima él—. Eres la mejor.

—¡Cállate de una puta vez! —le ordena su mujer—. ¡Llevas más de cinco minutos soltando frasecitas de autoayuda que no me sirven de nada! ¡Dame un puñetero Valium!, ¡o morfina! Eso es que necesito. —La pelirroja vuelve a su encanto natural.

—Yo tampoco te aguanto más —asegura doña Olga—. Cállate o te meto ahí dentro con tu futuro hijo —vacila, señalando el vientre de la embarazada.

La mujer suelta un gritito de dolor. Todo se vuelve más intenso. ¿Qué podemos hacer? Nunca he asistido a un parto. Solo lo he visto en pelis o series. ¿Qué hacemos?

—Relájate, chiquilla —le ordena doña Olga—. Céntrate en la respiración. No soy médica, pero he traído al mundo a dos hijos. Sé cómo ayudarte.

La embarazada sonríe y se siente más aliviada.

Entonces, entran dos hombres a la cafetería. ¡Ay, es un milagro!

—Buenos días, ¡somos los de la ambulancia! —exclama el chico rubio.

—Buenos días, ¡justo a tiempo! —celebro—. La mujer que está tumbada en el suelo está de parto.

—¡Drogadme, por favor! —suplica ella.

Los sanitarios ayudan a la pelirroja a ponerse en pie y se la llevan hasta la ambulancia. No se despiden ni nos agradecen nuestra ayuda. Aunque, en realidad, no me importa. Me siento genial

cuando se marchan y vuelve a reinar la paz en la cafetería.

Doña Olga y yo nos miramos, respiramos aliviadas y nos echamos a reír.

—Eso es empezar el día con emoción —señala mi clienta.

—Estoy por cerrar y no abrir hasta mañana —bromeo mientras recojo las toallas—. Esa mujer me estaba poniendo nerviosa, ¡muy nerviosa!

—Mira que si llega a parir aquí y te pringa todo —apunta, poniendo una mueca de asco.

—¡Ay, Olga! No lo quiero ni pensar —suspiro.

—Me da pena la pobre criaturita que va a nacer, ¡vaya padres más horribles! —estalla en risas—. Entre el calzonazos pelma y la bruja mandona, ¡el niño es carne de psiquiatras!

—¡Doña Olga, no sea mala! —le reprendo.

—No me vengas con formalismos. —Abofetea el aire con la mano—. Seguro que tú también lo has pensado.

Me llevo la mano a la boca para evitar soltar una carcajada. Lleva razón, ¡yo también lo he pensado!

—Lo importante es que va a traer al mundo una nueva vida y ¡en Nochebuena! Eso es magia. —Intento sacar lo positivo del asunto.

—Magia será que no se fugue de casa en cuanto sepa andar cuando descubra los padres tan capullos que tiene —remata Olga.

Volvemos a partirnos de la risa. ¡Esta mujer es un show! Siempre sabe cómo arrancar carcajadas.

Me sacudo la ropa y después voy hasta el fregadero para lavarme las manos. Doña Olga ha ido al aseo para hacer lo mismo. Cuando sale, se sacude las manos, salpicando todo de agua.

—Olga, ¡use las toallas! Me está dejando todo empapado —protesto.

—Te has llevado todas las toallas de los baños y paso de secarme con papel higiénico, ¡me da repelús! —Pone una mueca de asco—. Anda, Belén, dame un trapo.

Le paso un paño después de secarme las manos.

—Ya tengo todo preparado para esta tarde noche —asegura Olga—. ¿Vamos a ser muchos?

—Le interesa bien poco cuántos vamos a ser. —Me cruzo de brazos y sonrío con picardía—. En realidad, lo que usted quiere saber es si viene una persona en concreto.

—No veas tantas series de amor que después revolotean muchos pajaritos por tu cabezota —me acusa a la defensiva—. Lo pregunto porque he preparado unos detallitos y quiero saber cuántos vamos a estar para que nadie se quede sin su regalo.

—Viene Juan —la corto—. Esté tranquila, que viene Juan.

Olga se pone colorada como un tomate. A continuación, esquiva la mirada y la dirige al suelo.

—¿Contenta? —disparo.

—No sé a qué viene ese comentario. —Se aleja hasta sentarse a la mesa que siempre elige para desayunar—. ¿Hoy no sirves café y tostadas? —Esquiva algo más que la mirada.

Suelto una risotada divertida. Me enternece que para unas cosas sea tan descarada y atrevida y

que para los asuntos del corazón se comporte como una niña.

Doña Olga lleva enamorada en secreto de Juan más de cuatro años. Se ven todos los días al desayunar en la cafetería. Comparten reflexiones, se pelean por el periódico y se ríen cuando comentan batallitas de su vida. Hacen muy buena pareja; los dos tienen más de setenta años, tienen un carácter muy parecido y se miran con cariño cuando creen que no los observa nadie. Lo que ignoran es que yo lo veo a diario y sé que se mueren de ganas por confesarse lo mucho que se quieren.

—Esta tarde pondré muérdago en la puerta, ¡es el momento perfecto! —la provoco.

—¿Para qué? —Levanta el entrecejo.

Frunzo el ceño. ¡Es obvio que sabe a qué me refiero!

—¡Anda, niña, deja de tocarme el *toto* y dame cafeína!

—¡Marchando un cafecito caliente con una dosis de amor secreto! —A testaruda no me gana nadie.

Se escucha la puerta abrirse. Como estoy de espaldas preparando el café, no puedo ver quién entra.

—Buenos días —saluda una voz masculina muy sugerente—. ¿Está abierto?

Pongo los ojos en blanco porque sé que el hombre no puede verme y pienso: «está la luz encendida, la puerta no está cerrada, hay una clienta sentada esperando su desayuno... ¿Aún no sabes si está abierto?».

Me vuelvo para soltarle una broma por su pregunta y me quedo callada unos segundos cuando lo veo. ¡Es guapísimo! Tendrá unos treinta y pocos años, es alto, moreno y sus ojos azules brillan desde lejos. No será muy avisado por la pregunta que ha realizado. Sin embargo, el hombre es muy atractivo. ¿Será cierto que todos los guapos son tontos?

Sigo callada ante su belleza. ¿Qué me pasa? No soy de las que un chico les deja sin habla. ¡Rápido, di algo!

—¡Claro, estoy abierta! —respondo ahogando la media neurona que me quedaba sana.

Doña Olga se echa a reír ante mi respuesta.

¡Genial, ahora la que parece gilipollas soy yo!

Capítulo 4. Hace calor

—Creo que por lo guapo que eres y lo nerviosa que está, ¡Belén está abierta de par en par para ti! —asegura doña Olga.

Le lanzo una mirada asesina por dejarme en evidencia delante del atractivo cliente. Ella responde asintiendo mientras dibuja una sonrisa traviesa. ¡Se ha vengado por fastidiarla con el asunto de Juan!

Intento recuperar la compostura de la mejor forma posible. Carraspeo, fuerzo una sonrisa y me acerco al mostrador, pegando mi cintura al mueble.

—No le hagas caso a Olga, ¡es muy mayor y la medicación que toma por las mañanas la deja un poco... lerda! —respondo con ironía, dedicándole a Olga una risita.

—Entonces... ¿está abierto o no? —insiste el chico guapo.

No es muy listo, no. Desaparece mi nerviosismo al comprobar que él ignora nuestro pique y solo le interesa si la cafetería está abierta al público.

—Las luces están encendidas, hay una clienta sentada a la mesa y has podido entrar, ¿no? —le dejo caer.

Él asiente.

Suspiro.

Pongo los ojos en blanco antes de echarme el paño al hombro.

—Está abierto —le comunico.

—Perfecto. —Da unos pasitos simpáticos hasta el mostrador—. Buenos días, ¡tomaré un café descafeinado de máquina bien caliente, por favor!

—Marchando —susurro.

Veo reflejado en la cafetera de aluminio cómo el tipo echa un vistazo al lugar.

—¿Te gusta? —le pregunto divertida.

—¿El qué? —pregunta confundido.

¡Ay, es cierto que no es muy listo! Me doy la vuelta con el café y se lo sirvo.

—La cafetería, chico. ¿Qué va a ser? —suelto en tono amable.

Él se destensa antes de echarse a reír.

—Ya disculparás mi poca capacidad cerebral, ¡me he levantado supertemprano para venir a Zaragoza! Tengo mucho sueño —matiza.

—¿Y te pides un café descafeinado? —pregunto sin pensar.

—Es que además estoy muy nervioso, ¡tengo una presentación muy importante a las doce! —señala mientras se mira el reloj.

—Son las nueve y media de la mañana —apunto—. No pasa nada si tomas el café con un poco de cafeína y así contrarrestas el sueño.

—Prefiero bebérmelo sin cafeína —insiste.

—Pues así te lo he preparado —respondo.

—Genial. —Coge el vaso y da un sorbo—. ¡Joooder!

Suelta el vaso cuando lo tiene muy cerca del mostrador y agita la mano. Se ha quemado, ¡la bebida arde!

—Me he socarrado los labios —protesta.

—Me lo has pedido muy calentito, lo normal es que queme —le explico—. ¿Quieres que te ponga un vaso con hielo?

Él clava sus ojos en los míos y siento un calor brutal inundando todo mi cuerpo. Trago saliva antes de que se dé cuenta de lo mucho que me intimida. ¿Me intimida? No sé. Sin embargo, puedo asegurar que esa mirada tan intensa ha acelerado los latidos de mi corazón.

—No. Me gusta sin hielo —rechista.

—Pues sopla un poco antes de bebértelo —le recomiendo.

—Un consejo brillante —vacila en voz baja—. No se me habría ocurrido si no llegas a decírmelo.

Apoyo las manos sobre el mostrador y planto mi cara delante de la suya. Solo nos separa el mueble. ¿Qué le pasa a la gente hoy? Primero me topo con la parejita odiosa de futuros papás y ahora con este quisquilloso.

—¿Disculpa? —pregunto.

—Nada —resopla.

—¡¿Nada?!— insisto.

—Ya sé que tengo que soplar para enfriar el café —contesta de malos humos.

—No se notaba cuando te has abrasado el labio —señalo.

—Voy a sentarme cerca del ventanal —me avisa—. Necesito un poco de tranquilidad, ¡hoy es un día muy importante! Olvida todo lo que he dicho. Cóbrate y quédate el cambio.

Deja una moneda de dos euros sobre el mostrador antes de dirigirse a una de las mesitas que están al lado de la puerta de la entrada.

Lo miro entrecerrando los ojos. Lleva un abrigo moderno que le llega hasta la cintura de color azul marino. Entonces, fija la vista en su trasero. Tiene un culo respingón muy sexi, que se marca de fábula en el vaquero desgastado que lleva. El tipo se da la vuelta y me pilló con las manos en la masa. Sonríe al darse cuenta de que le estaba mirando el culo.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí, chico —responde Olga—. Belén solo te estaba mirando el culo.

Me quedo helada. No puedo creer lo que acaba de decir. ¡Esta mujer necesita un bozal!

—¡No es cierto! —contesto chillando a todo pulmón—. Solo quería saber dónde te ibas a sentar.

Doña Olga estalla en risas.

—¡Ay, niña! La próxima vez búscate otra excusa porque esa es malísima —suelta la muy sinvergüenza.

Yo solo quiero desaparecer debajo del mostrador y volver a salir cuando se marchen todos. Creo que estoy más blanca que la nieve que cae en la calle.

—He visto que la tarta de chocolate tiene buena pinta —apunta él.

—Ella también ha visto algo que tiene buena pinta —bromea doña Olga.

—¡Olga!, ¡vale ya! —protesto.

El chico se echa a reír y evita que pase un mal trago, ignorando el comentario de Olga.

—¿Me pones un trozo? —me pide él.

Asiento avergonzada. Mientras el desconocido se sienta a la mesa, yo sirvo la ración de tarta en un plato. Se escucha la puerta, alguien entra. ¡Ay, no me lo puedo creer!, ¡es el karma, que está a mi favor!

Acaba de entrar Juan, ¡el *crush* de Olga!

Esto va a ser muy divertido.

Capítulo 5. Celestina

—¡Buenos días, Juan! —exclamo mostrando una sonrisa a mi cliente.

—Buenos días, Belén —responde, devolviéndome la sonrisa.

Me apoyo en el mostrador para acercarme a Juan, que avanza sin prisa hacia donde estoy.

—¿Me preparas uno de esos cafés tan deliciosos que sabes hacer? —pregunta con simpatía.

—¡Marchando! —celebro—. Aunque tienes a dos personas por delante de ti —le aviso, guiñándole el ojo.

—Ah, ¿sí? —Frunce el ceño.

Pongo las manos sobre mi boca a modo de altavoz. Doña Olga está roja de la vergüenza porque teme que haga alguna locura. ¡Hace bien en avergonzarse!

—Olga, ¿sería tan amable de cederle su turno a Juan? —disparo con picardía—. Sería un gesto de amor precioso.

Mi clienta sacude la cabeza a modo de negación.

—¡Ni hablar! Yo he llegado antes y no tengo que mostrar ningún gesto de amor —explica—. Puestos a pedir cosas; ¡que me invite Juan al café!

Responde a la defensiva al mismo tiempo que se cruza de brazos.

—Te invito encantado —apunta Juan.

—¡No hace falta! Soy autosuficiente. No necesito que nadie me pague el desayuno —rechista desde su asiento.

Ya está nerviosa perdida. ¡Le devolví la faena! ¿Aprieto un poco más?

—No sea quisquillosa y venga aquí con nosotros —la provoco—. Así estamos juntitos todos y hablamos de lo de esta noche.

—Aquí estoy perfectamente, ¡venid vosotros! —bufa.

—¡Perfecto! Ahora vamos —digo.

—Claro, Olga. Nos acercamos nosotros —añade Juan.

Cuando estamos avanzando hacia la mesa donde está Olga, me detengo y me llevo la mano a la boca.

—¡Ay, qué torpe soy! No puedo ir porque tengo que preparar los desayunos y atender a los

clientes. Siéntense ustedes dos juntitos mientras yo hago los cafés —explico con ironía.

Olga me lanza una mirada asesina a la que respondo con una gran sonrisa. ¡Misión cumplida! Esos dos tortolitos van a compartir tostadas y una agradable conversación. ¡Soy una celestina de diez!

Juan se sienta con doña Olga y comienzan a charlar. Mientras tanto preparo dos cortados, pongo dos rebanadas de pan en la tostadora y decoro con nata el trozo de tarta para el cliente desconocido, que está sentado al lado del ventanal izquierdo.

Observo al hombre mirar la pantalla de su teléfono móvil. Parece nervioso. El tipo es muy atractivo. Me sorprende al darme cuenta de que siento algo en la tripa cuando dibuja una sonrisita en su rostro. ¡Uy!, ¿qué ha sido eso? Me ha gustado verlo sonreír. ¿Por qué?

Sacudo la cabeza para deshacerme de esa sensación tan... incómoda. Cojo el plato y me dirijo hasta la mesa del nuevo cliente.

—Tu trozo de tarta, ¡espero que la disfrutes! —le digo al apoyar la ración sobre la mesa.

—Gracias. Me llamo Kike —responde feliz.

—¿Ahora eres amable? —suelto sin consultar mi respuesta a mis neuronas.

—El dulce me anima —bromea—. ¿Podemos empezar de cero?

Me gusta su propuesta. Hoy es Nochebuena, un día perfecto para perdonar y dar nuevas oportunidades, ¿no? Así que ¡empecemos otra vez!

—Me parece genial —asiento feliz—. Yo soy Belén.

—Encantado de conocerte, Belén.

—Igualmente. —Cojo el plato—. Voy a traerte otro trozo de tarta, en este te había escupido por comportarte como un cretino. Sin embargo, ahora que sé que eres majo, prefiero que te comas la tarta sin aditivos.

El hombre abre los ojos como platos y comienza a tartamudear. Yo estallo en risas.

—¡Es broma! No se me ocurriría ni harta de vino cometer semejante locura —comento.

—¿De verdad?

—Créeme. Por aquí han pasado muchos gilipollas que se merecían algo similar y no he hecho nada —explico—. Tú no has sido tan desagradable. Solo un poco tonto —bromeo.

—Ahora no sé si comerme la tarta o no —vacila entre risas.

—Mira. —Agarro el tenedor, parto un trocito de bizcocho y me lo llevo a la boca. Suelto un gemido de placer al saborear el dulce. ¡Está buenísimo! —. Ya lo he probado. La tarta está *ok*.

—En realidad que tú la pruebes no me sirve —destaca, señalándome con el dedo y sonriendo—. Porque si has escupido, al probar la tarta, te estás comiendo tu propia saliva. No creo que eso te desagrade.

—No me hace mucha ilusión comer pasteles con saliva, aunque sea la mía. —Sé que está jugando, pero, aun así, me cruzo de brazos para mostrarle mi perplejidad ante su comentario—. ¿De dónde sacas esas ideas?

—Tengo mucha imaginación —responde.

Me quita el tenedor de la mano, parte otro trocito y se lo come.

—Me fio de ti —confiesa mientras traga—. La tarta no lleva tu saliva.

—La tarta no, pero el tenedor sí —destaco partiéndome de la risa.

Kike se queda mudo. No había caído en el detalle de que me he llevado el cubierto a la boca para comer el bizcocho.

—¡Eso cuenta como un beso! —exclama Olga desde la otra mesa—. ¡Y con lengua!

—Olga, ¡usted a lo suyo! —le abronco.

Kike se echa a reír ante la ocurrencia de doña Olga. Yo me acaloro un poco por la vergüenza que me hace pasar mi amiga.

—Bueno, pues ya que nos hemos presentado y besado —bromea Kike—. Me gustaría disculparme por ser antes tan impertinente. Como te comentaba, estoy un poco nervioso porque hoy presento mi nuevo libro en Zaragoza. Es un día muy señalado en el calendario y no es mi ciudad. Me da un poco de pánico que no venga nadie a la presentación —confiesa.

—¿Eres escritor? —pregunto emocionada.

¡Me encanta leer!

—Eso dicen —bromea—. Escribo romántica. Soy el autor de *Despertar a tu lado todos los días*.

¡No me jo... fastidies! ¡Ay, ay, ay! ¡Que me va a dar algo!

—Ahora vengo —le digo.

Me dirijo hasta el mostrador para coger ¡esa novela! La tengo en uno de los muebles. Es un milagro navideño. No puedo creérmelo. Vuelvo hasta la mesa donde está el escritor y se la muestro.

—¡La estoy leyendo por tercera vez!, ¡es una de mis novelas favoritas! —exclamo emocionada.

—¡Qué alegría! —celebra feliz—. Me hace mucha ilusión que la estés leyendo por tercera vez.

—¡Ay!, ¡eres Kike Pedroche! No me lo puedo creer. ¿Cómo no te he reconocido?

Él se echa a reír.

—Es normal. Los escritores, por suerte, no somos como los actores o cantantes. A nosotros no nos paran por la calle para pedirnos fotos. A nosotros nos suelen pedir que firmemos libros cuando saben que somos los autores —explica contento.

—¡Ay, por favor!, ¿me lo firmas? —le pido.

—¡Encantado! —Saca un bolígrafo que lleva en un bolsito—. ¿Cómo te llamas? —bromea.

Kike me firma el libro y yo me emociono cada vez más. Observo sus fuertes manos sujetando el boli mientras escribe la dedicatoria.

—¡Gracias! —exclamo mientras me da el libro—. ¿Hoy lo presentas en Zaragoza?, ¿dónde y a qué hora? Me fliparía ir.

—A las doce en la librería Luna nueva —comenta.

—A esa hora estoy trabajando, ¡me es imposible asistir! —protesto.

—No te preocupes, ¡ya tienes tu ejemplar firmado!

Lo abrazo entre mis brazos y noto un torrente de energía recorriendo mi cuerpo.

—¡No puedo creer que Kike Pedroche esté en mi cafetería y me haya firmado mi novela favorita!

Automáticamente se ha convertido en mi libro favorito. Hay muchas novelas que me encantan, pero no todas las tengo firmadas y su autor o autora han estado en mi cafetería.

—¡Y además te has besado con lengua con él! —insiste Olga.

Ignoro su broma. Estoy superfeliz.

—A la tarta te invito yo —aseguro.

—No hace falta —responde Kike.

—Me hace mucha ilusión invitarte, ¡esta historia me ha hecho muy feliz! Deja que te lo compense. ¡Me hizo creer en el amor, otra vez! —celebro.

—¡Qué bonito, Belén! —exclama él—. Acepto tu invitación. Aunque te dejaré una buena propina.

Yo me ruborizo ante su comentario como si fuese una adolescente en plena ebullición de hormonas. ¡El escritor me parece muy sexi! Y ahora que sé que es tan simpático, ¡aún me gusta más! Sí, has leído bien, ¡me gusta! Ya noté algo nada más verlo; el corazón se me aceleró, la boca se me secó y las piernas me temblaron un poco. Sin embargo, al descubrir que es autor de semejante historia de amor, ¡me ha fascinado!

Observo el libro y echo un vistazo a la foto de la solapa.

—Eres más guapo en persona que en la fotografía —vomito sin pensar.

Me quedo inmóvil. ¿Por qué no medito antes lo que voy a decir? ¡Ay, seguro que piensa que soy una fan loca!

—Lo sé —susurra entre risas—. Me lo dicen siempre. Creo que escogí la peor foto para la solapa del libro.

Respiro aliviada al comprobar que no le ha dado importancia a mi piropo.

Entonces, Juan se levanta de la silla y se dirige hacia la puerta dando voces.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—¡Esta mujer es imposible! —Señala a Olga—. Luego vengo a tomar café, ¡cuando la maníaca se haya marchado!

Desaparece sin dar más explicaciones. Dirijo la mirada hacia doña Olga, que se encoge de hombros mientras sonríe con timidez.

—¿Qué ha hecho esta vez? —le acuso.

—Lo de siempre, hija. Lo de siempre.

Capítulo 6. Celos

Me siento al lado de doña Olga al mismo tiempo que frunzo el ceño.

—¿Qué ha pasado? —Quiero saber.

Ella se encoge de hombros mientras muestra una sonrisita de... ¡vergüenza! Es algo inédito; ¡Olga está avergonzada! ¿Qué ha hecho para sentirse de ese modo?

—Pues... Juan... me ha piropeado y... —alarga cada palabra hasta el infinito consiguiendo que me desespere.

—¡Olga, por favor! Acabe la frase, que me va a dar algo con tanto misterio —le pido.

—Me he puesto a la defensiva. Le he dicho que yo no sentía nada por él y que era un acosador —concluye poco orgullosa de su acción.

Kike, que está al lado, se levanta de la silla y se sienta con nosotras.

—¿Le estaba molestando el caballero que se ha marchado? —pregunta.

Doña Olga niega con la cabeza, mirando al suelo.

—Al contrario, Juan es un sol de hombre y la estaba colmando de cumplidos. Ella es incapaz de aceptar sus sentimientos y lo ha mandado al cuerno —le explico con pena.

—¿Por qué? —insiste Kike.

—Porque me da pánico que me vuelvan a hacer daño a mi edad. Vivo muy bien sola, sin complicaciones y sin ningún mamarracho que me rompa el corazón. —Olga se abre de par en par por primera vez en mucho tiempo—. Me asusta ilusionarme para que luego me ignoren.

—Olga, tiene setenta años —le recuerdo—, seguro que puede superar una ruptura sentimental. Lo triste sería que no se animara a dar el paso de conocer mejor a Juan por sus miedos.

—A mi edad no tengo muchas opciones para que alguien se enamore de mí, te lo aseguro. Ahora estoy muy bien pensando que entre Juan y yo puede existir un bonito romance... Si doy el paso y sale mal, esa bonita ilusión que tanto bien me hace habrá desaparecido —argumenta con timidez.

Sus ojos se han vuelto cristalinos. Doña Olga se muestra vulnerable ante la idea de perder algo que por el momento solo lo roza.

Me invade la ternura y paso la mano sobre la suya para que sienta mi cariño.

—¿Prefiere vivir en una ilusión que en la realidad? —dispara Kike, levantando la ceja—. Acaba de mencionar que ese hombre que le gusta la ha piropeado, ¿no?

Olga asiente con la cabeza.

—Además es atento con ella, le invita muchos días a desayunar y tienen largas conversaciones que les colman a ambos de felicidad —añado.

—¿Me permite un consejo? —Kike toma a Olga de la mano que tiene libre.

Ella vuelve a asentar.

—¡Láncese! El amor asusta a cualquier edad. No importa que se tengan veinte, treinta o setenta años, ¡siempre nos acongoja al principio! Sin embargo, tampoco es selectivo, si el amor es verdadero, ¡da igual la edad que se tenga!, te invade de felicidad, alegría y ahuyenta la soledad. ¡Cuando conectas con alguien que te alegra la vida, no lo dejes escapar! Dele una patada a esos miedos y vaya a por el hombre de los piropos —le anima con pasión.

Yo me quedo embobada con la euforia que destila Kike. ¡Es precioso lo que acaba de decirle a Olga! Además de ser una grandísima verdad. Se me acelera el corazón al pensar que, entre él y yo, quizás, pueda darse una conexión especial. Por lo menos, yo he sentido algo muy potente al conocerlo un poquito más. Y lo que es aún mejor, siento unas ganas terribles de seguir conociéndolo más.

—Se nota que eres escritor de romántica —señala Olga entre risas—. Eres supercursei —añade, matando el momento tan mágico que acababa de crear Kike—. No obstante, llevas razón. Juan es un hombre especial y yo nunca he sido una cobarde. Me gusta, lo admito. ¡Me gusta mucho! Esta noche le diré lo que siento.

Cientos de mariposas revolotean por mi estómago. Creo que Olga y Juan forman una pareja estupenda y pensar en que vivan su romance con valentía, me hace muy feliz. ¡Son tal para cual!

De repente se abre la puerta de la cafetería y aparece Juan, cubierto de nieve.

—¡No! Lo siento, pero no —mascullo mientras se acerca a nosotros.

—¿Qué? —pregunta Olga.

—No soy ningún acosador y me niego a dejar de piropearle. Sé que tú también sientes algo por mí. —Se encoge de hombros—. Olga, llevo enamorado en secreto de ti mucho tiempo y ya estoy agotado de callármelo o de darte pequeñas pistas para comprobar si tú sientes lo mismo. Tu sonrisa me da vida, tu mirada me sobrecoge y quiero pasar contigo el resto de mi vida.

¡Ay, que me derribo de amor! Juan es todo un galán. Miro a Olga ilusionada, esperando su respuesta.

—Yo también quiero todas esas cosas contigo —confiesa la señora Olga—. Eres un petardo, no tienes mucho gusto para vestir, haces ruido al comer..., pero me haces inmensamente feliz.

—Lo siento. No voy a parar hasta que admitas... ¿qué? —pregunta Juan sorprendido. Seguramente esperaba una respuesta distinta por parte de su amada. Sin embargo, esta vez le ha correspondido. Dibuja una preciosa sonrisa en su rostro—. ¿En serio?

—No te ilusiones demasiado —rechista Olga, haciéndose la dura—. Me gustas, lo reconozco.

Pero me va ir poco a poco.

—Me parece perfecto —señala él—. Iremos como quieras... mientras sea juntos.

Cae una lagrimita de felicidad por mi mejilla. ¡Ay, entiéndeme! Los conozco desde hace muchos años y presenciar el comienzo de su historia de amor es ideal. Una maravillosa fantasía.

—¿Estás seguro de que quieres salir conmigo? Soy cascarrabias, tengo poca paciencia, me encanta criticar, tengo muchas arrugas... —dice Olga con la voz temblorosa.

Siento ternura hacia Olga al mostrarse tan vulnerable. No es propio en ella.

—Eres guapísima, ¡la más bella de toda Zaragoza! Además, me gusta mucho tu forma de ser; ¡siempre he tenido debilidad por las mujeres con carácter!

Los dos se miran con pasión sin moverse ni decir nada más.

—¿Os besáis ya? —bromeo para animarlos a dar ese paso tan bonito.

—Si quieres ver un espectáculo, ¡vete al teatro! —responde Olga con gracia.

Los cuatro nos echamos a reír. ¡Nunca sabes por dónde va a salir esta mujer! Lo único seguro con Olga es que te reirás mucho si estás con ella. ¡Eso es maravilloso!

Entonces, entra otra cliente, rompiendo la intimidad del momento. Es Anabel, que cuando nos ve, abre los ojos como platos y suelta un gritito de emoción.

—¡Aaaay, mi madre! No jodas. ¡Eres tú! Pedroche, ¡Kike Pedroche! Hoy voy a tu presentación —exclama mientras corre hacia el escritor y lo abraza.

Anabel es rubia, guapísima y tiene veintidós años. ¡Es un pibón!

Kike le devuelve el abrazo. Seguro que está acostumbrado al comportamiento neurótico de las y los fans.

¡Uy! Noto algo raro en mi estómago. Una sensación incómoda que me invita a estrangular a Anabel por estar tan cerca de Kike. ¡Ay, no! No puede ser. ¡Estoy celosa!

¿Por qué?

Ya lo sé; porque me encantaría ser yo la que estuviese abrazada a él.

No me fastidies, ¿me gusta Kike?

Capítulo 7. Hablar por no callar

«No digas tonterías», me recrimino a mí misma. ¿Cómo me va a gustar Kike si acabo de conocerlo? Es guapo, tiene buen culo, es muy simpático, es romántico, me gustan sus libros... ¡Ay, pero tampoco es mi autor favorito! Antes lo he dicho porque me he dejado llevar por la emoción del momento. Pero, en realidad, tengo un montón de libros detrás del mostrador que voy leyendo cuando hay poco trabajo, y justo ha coincidido que estaba releendo el suyo. ¿Es coincidencia o es el destino?

¡Ay, no lo sé!, ¡no lo sé! Lo único que sé es que o Anabel se separa de Kike o la aparto yo de un empujón.

—Niña, ¡suelta al hombre que le vas a lastimar con tanta energía! —Por suerte, interviene Olga para hacerle saber a Anabel que es un poco sobona.

—¡Disculpame! —Anabel se separa sin apartar la mirada de escritor—. Me he emocionado al verte y ¡adoro todos tus libros! De hecho, a las doce iré a la presentación. ¡Ay, Belén!, prepárame una tila bien caliente, que necesito tranquilizarme.

Claro, y si sigues así de intensita te la tiro por encima.

—¡Perfecto! Voy a por ella —disimulo mi malestar.

Me dirijo hasta el mostrador, tratando de enterarme de lo que hablan esos dos. Sin embargo, no consigo escuchar nada.

Me duele la tripa. Estoy tan nerviosa que tengo hasta náuseas. ¿Por qué? He de admitir que cuando Anabel, que es una joven superatractiva, se ha abalanzado sobre Kike, me he sentido amenazada. ¡Como si ella me lo fuese a robar!, ¡a mí!, que no soy su novia ni su pareja. No consigo entender por qué me he sentido de ese modo y aún menos por qué tengo estos retorcioneros tan molestos.

Olga se acerca hasta el mostrador y sonríe disimuladamente. ¡Ay, mi madre! ¿Qué está tramando?

—Sorpréndame... —La conozco muy bien.

—Ya preparó yo la tila —propone—. Ve tú con ellos o Anabel te jode el ligue.

Doña Olga podría haber sido una perfecta tronista del programa de televisión *Mujeres y*

hombres, porque está siempre al loro de amoríos y de su jerga.

—No diga ridiculeces, doña Olga. —Me hago la tonta.

—Oye, guapita, yo acabo de reconocer que siento algo por Juan —asegura seria—. Ahora te toca a ti confesar que el cursi te gusta.

Me doy la vuelta y me agacho para responderle:

—Pero si acabo de conocerlo —susurro.

—No me hagas reír, niña. Cómo si el amor entendiese de tiempos —contesta, dejándome muda.

¿El amor? No estoy enamorada. ¡Es imposible! Admito que es guapo y atractivo, pero ya está. No sé de dónde saca que me gusta o que siento algo por él.

—Se llama flechazo —apunta Olga—. Y es lo que os ha pasado a los dos.

El corazón me da un vuelco al escuchar su reflexión. ¿A los dos? ¿Cómo? ¿Quién? ¿Quiénes? ¿Por qué? ¿Dónde? ¡Ay, ya estoy desvariando! ¿Será cierto lo que ha dicho Olga?

Miro hacia el escritor y me sorprendo al comprobar que tiene sus ojos clavados en mí. Sonrío por inercia y él me devuelve la sonrisa. ¡Ay, acabo de sentir un calorcito muy agradable!

—¿Usted cree? —murmuro para que solo me escuche mi amiga.

—Claro que sí. Todos los días veo a cientos de tortolitos por aquí y sé distinguir cuando alguien se siente atraído por otro u otra. ¿A que a ti te gusta él?

Asiento con timidez.

—Igual que he acertado tus sentimientos, sé los del escritor románticón —asegura—. Habéis hecho un *macht*.

—Olga, ¡me gana usted a moderna! Pero creo que lleva razón. No me quita la mirada de encima. ¿Le gusto?

—¿Qué vas a hacer? —pregunta.

—¿Qué voy a hacer? —repito insegura—. ¡Ay, no sé!, ¿qué hago?

Ahora estoy más nerviosa todavía. ¿Tengo que hacer algo? Cada día por la cafetería pasan muchos hombres guapos y no les digo nada. Simplemente, les sirvo el café y me alegro la vista. ¿Por qué tiene que ser diferente con Kike?

—¡Kike! —Olga lo llama mientras levanta los brazos. Él nos mira y se encoge de hombros—. ¿Puedes venir un momentito? Belén quiere comentarte algo.

Le lanzo una mirada de sorpresa a doña Olga.

—¿Qué le digo? —pregunto angustiada.

—¡Ay, Belencita, ya he rescatado a tu Romeo de las garras de Anabel! Ahora te toca a ti hacer el resto —contesta antes de macharse—. ¡De nada!

Kike se acerca con gracia. Después se apoya sobre el mostrador.

—Dime —suelta.

Estoy en blanco. No sé sobre qué hablar. Noto como comienzo a sudar, la saliva se me amontona en la garganta y siento un pequeño mareo.

El escritor mueve la cabeza, esperando que diga algo.

—¿Dónde duermes hoy? —¡Bravo! Ahora sí que parezco una fan acosadora.

Kike pone una graciosa mueca a modo de no entender nada.

—En mi cama... —responde confuso.

—No, ¡ay! Quizás me has malinterpretado. Quería saber si hacías noche en Zaragoza o volvías a tu casa —aclaro un poco más aliviada porque la explicación es coherente.

—¡Ah! —Suelta una carcajada—. Pensé que me estabas ofreciendo un plan morboso —bromea, dejándome sin aliento—. Lo siento, ¡el chiste sonaba mejor en mi cabeza! —Recupera la compostura y continúa—: Vuelvo a Madrid en el AVE de las ocho de la tarde. Llego justo para cenar con mis padres y el resto de la familia. Ya sabes... hermanos, primos, sobrinos... En Nochebuena nos juntamos un montón de gente.

Entonces, me mira de arriba abajo, encendiendo cada poro de mi piel. El hombre tiene una mirada de lo más intensa.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Yo qué?

—¿Qué vas a hacer esta noche? —matiza.

—¡Ah! Ja, ja, ja... ¡Estamos un poco espesos los dos, ¿eh?! —bromeo—. Hago una cena con amigos y clientes en la cafetería a puerta cerrada.

¡Estoy emocionada! ¡Va a ser genial! Se me ocurrió hace un mes y se lo propuse a mi hermana Vanesa, a dos amigos y a cuatro clientes. ¡Todos se apuntaron! Así que esta noche cenamos juntos en mi cafetería.

—Suena guay —señala.

—¡Sí! Es el primer año que preparo la cena aquí. Mis padres están de viaje, ¡se han ido pasar las vacaciones al Caribe! Así que le propuse a mi hermana celebrar la Nochebuena aquí con unos amigos y clientes —confieso feliz.

—¡Al Caribe! Tus padres saben montárselo bien, ¿eh? —ríe—. Aunque si me dieran a elegir, preferiría cenar aquí contigo.

¡Ay, la leche! Ha sonado tan... tan... bonito. Contengo el aire para no explotar de emoción. Aunque suelto algo que no esperaba.

—¡Ven!

—¿Cómo?

Me pongo nerviosa, pero esta vez sé cómo salir airosa y sin parecer una desesperada.

—Si vivieras en Zaragoza, te invitaría —añado.

—Seguro que eso se lo dices a todo el mundo —vacila.

—Solo vienen los *vips* —aseguro.

—¿Yo soy *vip*?

Cada vez nos acercamos más. La química fluye y nuestro jueguito es de lo más estimulante. Mis latidos van acelerados, sus labios se vuelven apetecibles y su olor me embriaga sin remedio.

—Creo que sí —susurro.

—¿Por qué? Apenas me conoces —juega.

—Tus novelas son increíbles y he leído todas, ¡así que eso cuenta como si te conociera un poco! —Respuesta base, cien por cien eficaz.

Cuando estamos justo delante uno del otro, a pocos milímetros de que se rocen nuestras bocas, suena el teléfono de Kike. Salimos del trance por culpa de la melodía de su móvil y nos separamos.

Kike responde. Conversa con alguien que parece ser de su editorial. Mira el reloj de su muñeca y cuelga a los pocos segundos.

—Me tengo que ir —asegura triste.

—¿Trabajo? —pregunto para hacerle más fácil la despedida.

—El deber me llama, pero luego quizás me pase para tomar otro café —responde, devolviéndome la sonrisa.

—¿Cuánto te debo?

—Me has pagado antes y a la tarta te invito yo —contesto entre risas.

—Es cierto, ¡ves como voy nervioso perdido! Todo el día corriendo. ¡Gracias!

Vuelve a despedirse y se marcha.

Yo me sumerjo por un instante en un halo de melancolía. Siento una sensación que me oprime el pecho por miedo a no volver a verlo. ¿Puede una persona dejarte huella, aunque la hayas visto tan solo unos minutos?

Capítulo 8. Presentación

No siento amor por él. Hace más de una hora que se ha ido y esa revolución interna que sentía cuando estaba a su lado ha desaparecido. No queda nada. Nada de nada. Solo me he ilusionado por conocer a un escritor guapo, sexi, simpático... que me encanta. No ha sido nada más, solo admiración.

Ya no noto esas burbujitas que recorrían mi estómago cuando me miraba a los ojos. Tampoco siento esa tristeza provocada por su ausencia. Te lo digo con seguridad; no era nada. Además, yo no soy de las que se pillan por alguien nada más conocerlo. Eso solo pasa en las pelis de amor. ¿Te imaginas? Un día de nieve, Nochebuena, un escritor atractivo e interesante y la magia del amor. ¡Ay, no me hagas reír! Ya te he dicho antes cómo me suele ir a mí con los hombres, ¿verdad? Pues esa idea de romance navideño es de lo más ridícula.

Insisto; no siento nada por Kike Pedroche. Ni atracción, ni me gusta, ni amor. Nada de nada. Solo me ha impresionado conocer a alguien al que admiro por lo bonito que escribe. ¡Nada más!

Entonces mi corazón se acelera cuando aparece por la cafetería otra vez. ¡Ay, me encanta! Quiero abrazarlo, oler su aroma masculino, invitarle a un buen café y descubrir todo sobre él mientras asegura que soy la mujer más increíble de la Tierra.

¡Jolín!, a tomar por saco mi autoconvencimiento de que no siento nada por Kike. ¡Este chico me tiene anonadada sin saber apenas nada sobre él! ¿Sabes qué es lo único que sé? Que acaba de aparecer y, aunque está nevando y el día está gris, puedo ver el arcoíris detrás de él mientras unos elfos juegan con corazoncitos rosas que flotan por el aire. Y no, ¡no voy fumada! Es mi puñetero corazón, que ha decidido pillarse de alguien que no vive en la misma ciudad que yo y que, seguramente, no volveré a ver nunca más. Sí, soy así de inteligente. Apláudeme si quieres.

—¿Ya estás aquí? —pregunto medio en broma—. ¿Echabas en falta el delicioso café que has tomado antes?

Kike apoya las manos en el mostrador mientras muestra un gesto de preocupación.

—Creo que me va a dar un infarto —asegura, resoplando.

—¿Qué pasa? —me intereso.

Debe ser serio porque no ha sonreído ni un solo momento.

—¡Se ha inundado la librería! Resulta que no sé qué ha pasado con una tubería que no deja de echar agua y no se puede entrar —explica desanimado.

—¿No podéis hacer la presentación?

—Como no sea en canoa... —suspira—. ¡Qué desastre, Belén! He venido hasta Zaragoza en un día tan importante para agradecer a mis lectores su cariño y no voy a poder hacer la presentación. Necesito alcohol, ¿me pones un carajillo?

Kike esconde la cabeza entre los brazos. Está abatido. Siento una necesidad brutal por ayudarle. Entonces se me ocurre una idea.

—Podemos organizarla aquí —propongo.

El escritor asoma la cabeza, intrigado.

—¿Aquí?

—Claro. Habla con alguien de la librería para que venga a vender los libros. Nosotros organizamos las mesas y las sillas en plan cuqui para que esté ideal. ¿A qué hora es la presentación? —le pregunto con alegría.

—A las doce —susurra algo más animado.

Miro la hora en el reloj de la pared.

—Son las diez y cuarto, ¡nos da tiempo a preparar todo! —le explico—. Incluso podemos obsequiar con un dulce a los lectores que vengan.

—No quiero molestarle, Belén. Seguro que hoy es un día de mucho jaleo —divaga.

—¡No es molestia! Será una tertulia literaria con café, ¡qué ilusión! Y de uno de mis escritores favoritos —celebro.

¡Ay, ay! Que me da un patatús de la alegría. Si Kike quiere, ¡voy a organizar en mi cafetería una presentación literaria! Me encanta la idea.

—¿Uno de tus favoritos? —Levanta el entrecejo—. Pensaba que era tu escritor favorito.

—No te lo tengas tan creído —bromeo mientras le doy un toquecito con el dedo en la nariz—. Aunque ya sabes que me alucinan tus historias. Bueno, Kike, ¿Lo organizamos?

—Me parece genial, ¿por qué no? Podemos promocionar el cambio de lugar en las redes. Además, a la gente que vaya a la librería les pueden comunicar que la presentación es aquí —dice emocionándose con cada palabra que pronuncia—. Están muy cerca. ¡Joder! Es una maravilla. Hablo con los de la editorial y nos ponemos a tope.

Entonces, Kike da un salto para colocarse por encima del mostrador y me regala un beso en la nariz.

—¡Eres la mejor! —asegura—. Me has salvado la vida, Belén.

Yo me quedo inmóvil. Ese beso ha sido dulce como un trozo de tarta y amargo como el café por no haber bajado hasta la boca. Sin embargo, mi corazón late con tanta fuerza que parece que me haya besado apasionadamente.

Kike sale a la calle, donde no deja de nevar, para hablar por teléfono con alguien de su editorial. Yo intento asimilar lo que siento por él. ¡No! Estoy hasta las narices de tanto pensar.

No soy así. ¿Para qué le voy a dar tantas vueltas al mismo tema? ¿Me gusta, no me gusta? Voy a vivir el momento. Sé que solo va a estar unas horas aquí. Razón de más para que las aproveche, ¿no?

¡Vamos a preparar una presentación memorable!

Capítulo 9. Actualizando...

Lista de tareas para hoy:

- Madrugar mucho, ¡es un día especial! Desayunar mientras escucho *All I want for Christmas is you* de Mariah Carey.
- Ducha rápida.
- Coger el jersey con motivos navideños que me regaló doña Olga.
- Hablar con los invitados de la cena para saber si tienen todo *ok*.
- Hacer de celestina con Olga y Juan.
- Atacarme de los nervios para que esta noche salga todo bien.
- Disfrutar de la cena con mis amigos.

Imprevistos:

- Atender a una mujer insoportable que está a punto de traer un bebé al mundo.
- Conocer a Kike Pedroche!
- ¡Preparar la presentación del nuevo libro de Kike Pedroche!
- ¡Pillarme *a full* de Kike Pedroche!

Capítulo 10. Comienza la presentación

¡Ay, la leche!

Ha venido hasta la tele. Las novelas de Kike me chiflan. Sin embargo, ignoraba el tirón que tiene este hombre con los medios de comunicación. Faltan dos minutos para que comience la presentación del nuevo libro. ¡Ay, no! Falta un minuto. La cafetería está a tope, ¡no cabe nadie más! Hay gente haciendo cola en la calle para que les firme el libro, varios periodistas están cubriendo el evento, yo estoy desbordada sirviendo cafés y, aunque la caja va a subir mucho por la presentación, me da rabia no prestarle toda la atención a Kike porque no paro servir comandas.

Las dos horas anteriores han sido frenéticas. El escritor ha publicado en sus redes sociales que la presentación de la novela se realizaba en mi cafetería y todo ha sido una locura desde ese momento. ¡Me han seguido más de cuatro mil personas en Instagram! Se han acercado más de cien personas para corroborar si aquí se presentaba el libro. Han venido los de la prensa, *influencers* y fans de Kike para no perderse el evento. Los de la librería han montado una mesa con los libros para venderlos antes y durante la presentación.

Después, hemos colocado las mesas y las sillas acorde al evento para que la gente se siente alrededor de Kike mientras habla de su nueva novela, que, por cierto, ¡no la tengo! El libro que estoy releendo es su penúltima historia. Resulta que acaba de sacar una nueva y ¡no tenía la menor idea! ¡Bravo, me merezco el premio a la fan más despistada! Ahora la compraré.

Te confieso que no sabía dónde me estaba metiendo cuando le he propuesto organizar la presentación del libro en mi cafetería. Yo creía que vendrían unas veinte o treinta personas y no las casi ochenta que han llenado mi local y las más de cincuenta que esperan fuera a pesar de que está nevando.

Anabel, mi clienta-amiga y en estos momentos archienemiga por sobar a Kike, se hace paso entre la gente y salta por el mostrador para colocarse a mi lado. No es la primera vez que me ayuda cuando tengo mucho jaleo, así que no me sorprende su actitud.

—Esto está más concurrido que nunca —apunta—. ¡Te echo un cable!

La miro con cariño, olvidando los celos injustificados y valorando la amistad que nos une. Creo que me siento mal por haber imaginado que la estrangulaba cuando estaba tan cariñosa con

Kike.

—¿Qué hago? —quiere saber.

—Un par de cortados con azúcar moreno —le informo. Le doy un golpe con la cadera en la suya al mismo tiempo que le dedico una gran sonrisa—. Gracias, Anabel.

—De nada, guapa —responde simpática—. Y ya me ha dicho Olga que te gusta Kike y que a él también le molas. Así que no me meto, ¿ok? —añade dejándome patidifusa.

Me giro hacia ella con vergüenza y creo que estoy enrojeciendo a un nivel alarmante.

—Olga habla demasiado... —susurro.

—Olga te quiere con locura —apunta Anabel.

Respiro aliviada al recordar el cariño mutuo que nos tenemos las tres.

—Y yo a vosotras —respondo, consiguiendo que el momento sea más cursi.

—Aunque si dudas sobre lo que sientes por el escritor buenorro, ¡me lo pido! —bromea.

—No dudo, me gusta. Pero ¿no crees que es una locura que sienta algo por él cuando apenas lo conozco y en unas horas se irá a Madrid? No volveré a verlo más —le pregunto al mismo tiempo que sirvo dos *muffins* rellenas de queso con arándanos.

—El amor es una locura —afirma mientras se encoge de hombros—. Además, ¿por qué crees que no volverás a verlo más? Madrid y Zaragoza están a hora y cuarto en AVE.

Entonces, al escuchar el argumento de mi amiga, siento un burbujeo en el estómago que me desborda de alegría. ¡Es cierto! ¿Por qué me he empeñado en ver el vaso medio vacío en lugar de medio lleno? Aunque Kike y yo vivamos en distintas ciudades, podemos coger un tren y vernos. Mucha gente tiene relaciones a distancia y funcionan. Quizá la nuestra también.

¡Espera! ¿Relaciones? Me estoy montando una peli que aún no ha pasado. ¡Entre Kike y yo no hay nada! Solo un par de miraditas intensas, algo de química no resuelta, literatura romántica y una presentación en mi cafetería. Pero no sé si le gusto, si está con alguien o si es gay. ¡No sé nada de él!

¡Otra vez estoy sabotando mis ilusiones! ¿Por qué me pongo tantas piedras en el camino hacia la felicidad amorosa? Tal vez por protección; para que no me partan el corazón por culpa de una hipótesis que no tiene ninguna base. Ya estoy agobiada de nuevo. ¡Ay, qué rollo!

Me vuelvo hacia Anabel y pongo cara de pena.

—¿Qué harías tú? —resoplo.

—Yo me lo tiraba en el aseo —vacila entre risas.

Las dos estallamos en risas. Necesitaba soltar esta angustia, aunque fuese con un chiste superficial y sencillo.

—No lo pienses tanto, Belén. Escúchate a ti misma y hazte caso —me recomienda.

—¿Y eso cómo se hace?

—Siguiendo los latidos de tu corazón —apunta—. No tengas miedo a hacer lo que sientas que tienes que hacer. No te centres en lo que pasará si fracasas en tu intento porque seguramente nada será como imaginabas.

¡Jolín, qué intensa está! Sé que, a pesar de su juventud, Anabel es una tía muy inteligente. Es *coach* y se gana la vida asesorando a los demás sobre cómo actuar en momentos importantes. Así que voy a seguir su consejo.

—Si me rechaza, te escupiré en el café durante un mes —bromeo.

—Si te rechaza no vendré a desayunar durante un mes —me sigue el juego.

La editora de Kike, que ha venido al evento, da unas palmadas para llamar la atención de todos y pedir silencio. No hemos podido instalar un equipo de sonido porque mi cafetería no está preparada para ello. Así que tendrán que hablar alto para que se les escuche.

—¡Buenos días! —saluda la mujer—. Gracias a todos y todas por venir a la presentación del nuevo libro de Kike Pedroche. Sentimos el cambio de ubicación, pero la librería se ha inundado y hemos decidido celebrarla en esta preciosa cafetería. Damos las gracias a Belen por abrirnos las puertas de su local.

La gente aplaude y yo me pongo más roja que el cangrejo de *La sirenita*.

—Hoy queremos presentaros la nueva novela de Kike Pedroche, el autor de romántica más vendido en español. —Se escuchan más aplausos. Ahora el que se sonroja es Kike, que no debe de llevar muy bien los piropos. ¡Que mono está cuando se avergüenza!—. *Juntos* es una historia de amor, de nuevas oportunidades y está impregnada con el estilo que tanto os gusta del autor. Os confieso que lloré cuando la leí por primera vez —asegura la editora, provocando las risas emotivas de los asistentes—. Me emocioné. ¡Esa es la magia de Kike!, sabe conectar con los sentimientos de las personas. Una novela de Kike es sinónimo de emoción y de amor.

La gente deja de pedir consumiciones y se centra en la presentación. Yo lo agradezco porque así puedo escuchar y disfrutar del evento como una fan más.

—¿Os apetece que él mismo os cuente un poquito más del libro? —pregunta la editora.

Se oye un sí mayúsculo antes de que Kike comience a hablar.

—Buenos días... —saluda con la mano—. Llevo un poco mal los cumplidos y mi editora ha soltado muchos —bromea. La gente se ríe—. A mí me gusta más escribir y contar historias que me hagan sentir vivo. Tampoco sé cómo presentarme, ¡no sé hablar de mí! —Se encoge de hombros—. Así que, si os parece bien, os leeré una de mis partes favoritas de la novela.

El público aplaude, celebrando la idea de Kike.

El escritor busca entre las páginas del libro hasta llegar al texto que quiere leer. Después, clava sus ojos en los míos, dejándome sin respiración, y me dedica una radiante sonrisa:

—La vi —suspira—. La vi en todo su esplendor. No sabía quién era. Desconocía su nombre, su edad, su risa, su olor, su carácter, su pasado... pero quería formar parte de su futuro. ¡No! Tan lejos no; quería formar parte de su presente. ¿De dónde había salido esa mujer? Su sonrisa me abrazó, su mirada me llevó a la locura, su forma de caminar era asombrosa. Mi pecho rebotaba de alegría, mis latidos se desbocaban. Imaginé cómo sería tenerla en mi cama desnuda y casi muero del infarto. La vi. Sin previo aviso... y en ese instante descubrí el amor.

¡Ay, la leche! Ha cerrado el libro y ha vuelto a buscarme con la mirada.

Trago saliva, intento no desfallecer de un paro cardíaco a causa de lo intensas que han sido sus palabras. ¿Me las ha dedicado a mí? ¿Por qué sigue manteniendo sus ojos en los míos?

¡No! Tengo que bajar de las nubes. Solo ha leído unas líneas de su libro.

Entonces, se apoya sobre la mesa, sonríe y resopla.

—Es mi parte favorita de la novela —añade, mirándome—. Porque habla de los flechazos. Soy de los que creen que el amor te puede sorprender en cualquier momento; en un tren, en la calle o en una preciosa cafetería. Creo en el amor a primera vista.

A tomar por saco la compostura.

¡Me subo a las nubes!

Capítulo 11. Dedicado

Un fan muy atrevido se acaba de lanzar a los brazos de Kike cuando está a punto de terminar la firma de libros, ¡lleva más de dos horas dedicando ejemplares a sus lectores!

—¡Eres maravilloso! —grita el fan histérico—. Tienes que escribir una historia de amor entre dos hombres y pensar en mí cuando escribas las escenas picantes.

Kike, lejos de asustarse o sentirse abrumado, le devuelve el abrazo al chico, que tendrá unos veinte años, se echa a reír y le responde con humor:

—Anoto tu idea, aunque no prometo nada —contesta desde el respeto—. Siempre me ha gustado la gente de mi edad y tú eres muy jovencito.

El joven estalla en risas, seguramente porque está muy nervioso, y mientras continúa hablando con su escritor favorito, le da el libro para que se lo firme.

Yo estoy recogiendo la vajilla para lavarla. Cerraré la cafetería en media hora o así, cuando termine la presentación. Quiero cerrar sobre las tres para limpiar y preparar la cena de esta noche. Aunque aún tengo que comprar mi ejemplar de *Juntos* para que me lo dedique Kike. Estoy nerviosa. Sus miradas intensas cada vez son más frecuentes y no me ha quitado el ojo de encima durante toda la presentación. ¡Hasta Anabel me ha asegurado que lo tengo en el bote!

¿Por qué? ¿Pueden dos personas que no se conocen de nada sentir una atracción tan potente? Yo la siento. Te prometo que ese hombre me gusta. No sé por qué. Quizás sea la intensidad de conocer a uno de mis escritores favoritos, o que es muy atractivo... o tal vez es la química, que es imposible de controlar. Así que, si yo estoy en ese estado de burbujeo constante cada vez que me dedica una de sus miraditas, ¿por qué no va a estar él igual que yo? Soy una mujer guapa, emprendedora, inteligente y, no seré una supermodelo, pero estoy de rechupete, ¡cualquier tío en su sano juicio estaría encantado de tener una aventura conmigo!

Además, si me estoy comiendo tanto la cabeza, eso solo significa una cosa: que Kike me gusta de verdad.

Cuando el escritor termina de atender a todos sus seguidores, habla durante unos minutos con su editora y después se dirige hacia el mostrador. ¡Ahí estoy yo! Trago saliva y mis pulsaciones se aceleran porque por el rabillo del ojo veo cómo se acerca.

—¡Muchas gracias, Belén! La presentación ha sido una pasada. Sin duda, celebrarla en tu cafetería ¡ha sido un acierto fabuloso! —exclama eufórico.

Sonrió como una boba ante su cumplido.

—Es que mi local es precioso —apunto, orgullosa de mi negocio.

—Toma. —Me regala un ejemplar de su libro—. Es para ti.

Lo miro incrédula. Me parece un detalle precioso.

—Iba a comprarlo ahora que te has quedado libre —respondo feliz—. No tienes por qué regalármelo.

—Es una muestra de agradecimiento y me hace mucha ilusión dártelo yo —insiste.

—¡Jo! A mí sí que me hace ilusión —celebro, aplaudiendo—. ¡Muchas gracias, Kike! Me lo habrás dedicado, ¿no?

—Por supuesto. —Asiente con la cara—. Pero léelo más tarde —me pide.

—Claro. Eres un amor.

Apoyo las manos sobre el mostrador para inclinarme hacia él y darle un beso en la mejilla.

—Gracias —añado.

Kike se queda inmóvil unos segundos. ¡Ay, que le he asustado con mi arrebato cariñoso! Después, sonrío con descaro, calmando mis nervios, y se apoya sobre el mostrador.

—Oye, ¿tú cafetería solo abre en Navidad? —dispara.

Sé a qué se refiere. Me lo han preguntado muuuchas veces. Café Navidad es el nombre de mi local y todo el mundo cree que es por la festividad navideña.

Suelto una carcajada antes de contestar.

—Mi abuela se llamaba Navidad y por eso bauticé mi negocio así. ¡En honor a mi abuela! —resuelvo su duda.

—¡Ah! Ok. Pensé que tenías alguna obsesión con la religión porque tú te llamas Belén y tu cafetería Café Navidad —añade, dejándome muda.

¡¿Ves?! Eso no me lo había comentado nadie. Los dos nos echamos a reír.

—No... no... En todo caso mis familiares tienen una obsesión con los nombres religiosos —bromeo.

—No pasa nada... Tu nombre es muy bonito —susurra—, al igual que tú.

¡Ay, la leche! Ahora sí que me ha dejado boquiabierta. ¿Le resulto bonita? ¡Eso ha dicho! ¿Qué hago? ¿Le doy otro beso, pero ahora en la boca? ¿Le devuelvo el piropo? ¿Me lo llevo al baño y...? ¡No! Será mejor que me relaje. Voy a decirle algo que le halague.

—Tus libros también son muy bonitos —apunto.

Kike cambia su gesto coqueto por uno de sorpresa. ¡Lo sé! Mi cumplido ha sido un poco descafeinado. Ahora lo arreglo:

—Y tú estás muy rico. —¿Qué? Joder ni una cosa ni la otra. Ahora me he pasado.

Observo al escritor con impaciencia. ¿Qué le ha parecido mi piropo? ¿Demasiado arriesgado? ¿Muy directo? ¿Le ha gustado? ¿Opina que estoy desesperada?

—Como tu café —bromea.

¡Estallamos en risas! Me ha encantado su simpático chiste. Necesitaba un momento de risa para aliviar tanta tensión. Entonces, pasa su mano por encima de la mía y siento una descarga eléctrica cuando nuestras miradas se cruzan.

¡Me tiemblan las piernas de la intensidad! La boca se seca y mis labios reclaman los suyos. Esta vez no me pregunto el porqué de la necesidad de probar el sabor de Kike. Sé que mi sentimiento nace del instinto, de lo más profundo de mi ser.

Nos acercamos poco a poco, acortando la distancia que nos separa e invadiendo el aire que respiramos. Le deseo. Anhelo sentirlo pegado a mí. Estoy a punto de besarle cuando su editora lo llama a lo lejos.

—¡Kike, tenemos que marcharnos o perderemos el tren! —exclama la muy inoportuna.

Entonces salimos del trance que nos había atrapado. Nos separamos, ignorando nuestros sentimientos, y volvemos a los formalismos. ¿Por qué?, ¿por qué a veces somos tan idiotas de intentar parecer políticamente correctos y dejamos escapar oportunidades fabulosas? ¿Por el qué dirán? ¡A mí me importa una leche el qué dirán! Yo lo que quiero es besarme con Kike. Sin embargo, disimulo mi estado de ánimo, estoy jodida porque nos han cortado el rollo, y me callo.

—Te... tengo que irme —me avisa, señalando la puerta con la mano—. De lo contrario no llegaré a Madrid.

—Lo sé —susurro con tristeza.

—Me ha encantado conocerte —asegura mientras se aleja.

—Y a mí —contesto.

—Búscame en redes y hablamos, ¿ok? —añade antes de salir.

—Vale.

Kike se va. Ya está. Se acabó nuestro romance, ¡antes de empezar! Me quedo con una sensación muy incómoda. Estoy rabiosa, impotente y decepcionada conmigo misma. Él me gusta. Me importa un bledo que sea lógico o no, pero hace mucho tiempo que alguien no aceleraba mis latidos como lo hace Kike. Y yo no he hecho nada.

Entonces, veo el libro que me ha regalado y lo abro para leer la dedicatoria.

¡Ay, la leche!

Para Belén:

Te vi . Te vi en todo tu esplendor. No sabía quién eras. Sola sabía tu nombre, pero no tu edad, tu risa, tu olor, tu carácter, ni tu pasado... pero quiero formar parte de tu futuro. ¡No! Tan lejos no; quiero formar parte de tu presente. ¿De dónde has salido? Tu sonrisa me ha abrazado, tu mirada me lleva a la locura, tu forma de caminar es asombrosa. Mi pecho rebosa de alegría, mis latidos se desbocaban. Imagino cómo sería tenerte en mi cama desnuda y casi muero del infarto. Te vi. Discutimos. Nos reconciliamos. Sin previo aviso... y en ese instante descubrí el amor.

Miro de reojo la botella de whisky que uso para los carajillos, y me tienta beberme la mitad,

por lo menos, para asimilar las palabras de Kike. Una lágrima resbala por mi mejilla. Es lo más bonito que nadie me ha dicho.

¡A la mierda los formalismos! Salgo del mostrador para ir dispuesta a su encuentro. Entonces, cuando estoy a punto de salir del local, entra Kike. El corazón se me detiene durante dos segundos. Después vuelve a latir con intensidad. Él me sonríe mientras abre los brazos.

—No podía marcharme sin decirte antes...

No le dejo terminar. Me acerco y nos fundimos en un apasionante beso. ¡Es pura magia! Siento que me abriga, que me eleva, que me provoca un oleaje de olas bravas en el estómago y estallan con la fuerza del amor en el acantilado de mi corazón.

Nos abrazamos antes de despegar nuestras bocas para mirarnos con ternura.

—No sé qué cojones me ha pasado contigo, pero desde que te he visto esta mañana no he dejado de pensar en ti —asegura.

—A mí al principio me has resultado un arrogante, después te has vuelto irresistible —bromeo.

—Me alegra mucho que hayas cambiado de opinión —me sigue el juego.

—La dedicatoria ha sido muy emotiva, ¡me ha encantado! —exclamo.

—Es lo que siento. Me gustaría seguir conociéndote —confiesa mientras pasa sus manos por mi pelo.

—Y a mí. Creo que ya no me voy a conformar solo con leerte —apunto.

—Ahora tengo que coger el AVE. Te busco por Instagram y nos damos los teléfonos para estar en contacto, ¿ok? Y vengo a verte esta semana.

Vale. O te lo grito o reviento: ¡qué fuerte! Tengo ganas de correr, bailar, nadar y hacer una maratón. Estoy tan eufórica que si sigo así voy a explotar. Sin embargo, voy a hacerme la interesante.

—Me parece genial, pero no seas muy pesadito con los mensajes y las llamadas —bromeo.

—No prometo nada —susurra antes de besarme de nuevo.

¡Ay! Me chifla su forma de besar. Al principio es suave, después más intenso. Sus dientes casi rozan mis labios cuando se despiden de mi boca. Además, ¡huele muy bien! Creo que a vainilla, huele dulce. Es embriagador.

—Me voy —murmura—. Luego te escribo, ¿ok?

Cuando sale de la cafetería, me invade una sensación agri dulce. Estoy ilusionada por la historia de amor que puedo crear con él. Sin embargo, me da mucha pena que se vaya. Peeero, como no soy una niña de doce años, voy a centrarme en lo bueno.

Kike Pedroche está coladito por mí y vamos a mantener un idilio en la distancia y yo estoy como loca de la emoción.

Y, además, esta noche tengo una cena muy importante con mis amigos. Así que, ¡tengo un evento navideño que preparar!

Capítulo 12. Invitado de lujo

—**A**sí que los dos... ¡nos besamos! —exclamo un poco chispilla.

Lo reconozco; ¡estoy borracha! No voy superpedo, pero sí lo justo para perder la vergüenza, admitir que me gusta Kike y contar a todos los asistentes de la cena navideña mi beso con el escritor.

¿Quiénes estamos? Mi hermana Vanesa, que no da crédito con lo que estoy contando; mis amigos Jon y Leo; y mis clientes amigos Olga, Juan y Anabel, que ya los conoces. A partir de ahora ya no diré que son clientes y solo los mencionaré como amigos, ¿te parece bien? A mí estupendo. Disculpa mi atrevimiento, como ya te he mencionado, ¡voy un poco borrachilla!

—¿Te has besado con el escritor buenorro? —pregunta sorprendida Anabel—. ¡Qué guay!

—Sabía que tú y el cursi os ibais a liar —señala Olga—. Aunque ahora me quitas el protagonismo como la pareja del año. —Abraza a Juan.

—Querrás decir *nos* quitas —apunta él.

—Sí, sí... eso —balbucea Olga.

—A ver si lo he entendido. Tú —mi hermana me señala—, que vas de megaindependiente y siempre dices que no te vas a pillar de nadie, conoces a un tío y te enrollas con él en la misma mañana. ¿Vas borracha?

—Ahora sí —destaca Jon con ironía—. Y yo también. —Levanta la copa de champán con la mano.

—Lo sé... No suelo actuar así. Soy muy prudente, pero... —Me encojo de hombros—. Kike está buenísimo y tiene un magnetismo que no puedo evitar. Además... ¡hip!, creo que me enamoré de él leyendo sus novelas.

Aunque vaya con algún trago de más, quien me hace hablar así es el amor y no el alcohol. Por primera vez en mucho tiempo, estoy ilusionada por un chico.

—¡Ay, Belén! Me temo que el moñas te ha pegado su cursilería —bromea Olga.

Nos echamos a reír. Después, cada uno sirve lo que ha traído. Hemos quedado en que cada persona aportaría su plato favorito para esta noche; yo he preparado tortilla de patata ¡con cebolla! Lo siento, si no lleva cebolla; no es tortilla de patata. Mi hermana ha hecho una

empanada de atún que huele genial. Olga y Juan han traído huevos rellenos. Leo y Jon son novios, y han preparado sándwiches de jamón de york y queso. Lo sé, son supercutres, pero los quiero mucho. Y Anabel ha traído croquetas de marisco. ¡Es una cena casera muy variada y repleta de cariño!, ¡como a mí me gusta!

—Oye, que casi se me pasa por alto; ¿Olga y Juan son la parejita del año?, ¿y eso? —pregunta Leo, haciéndose el tonto.

—¡Chico, ya te ha contado Belén que se han declarado esta mañana y ahora están enamoraditos! —exclama su novio, dejando en evidencia que su novio sabía el cotilleo, pero quería ser formal con los tortolitos al preguntarles por su relación.

—Gracias, cariño... —rechista Leo—. A discreto no te gana nadie.

—De nada, guapo... ¡hip! —responde Jon.

Y te preguntarás por qué Jon y yo, y también Anabel, vamos un poco borrachos si aún no hemos empezado a cenar, ¿no? Precisamente por ese motivo, ¡porque no hemos comido nada! Mientras esperábamos a que llegasen todos, hemos abierto una botella de vino y otra de champán y nos las hemos bebido entre risas y cotilleos.

—Ha sido ideal —asegura Olga, pasando de Jon y de Leo—. En un arrebato de sinceridad, nos hemos confesado nuestro amor.

Sonrió a mi amiga al verla tan feliz.

—Ideal es estar a tu lado —añade Juan.

Mi hermana hace una mueca de burla.

—Oye, ¡esto se está poniendo muy horterá! —se queja—. Anabel y yo estamos solteras, así que cortaos un poco. —Se echa a reír.

—Doña Olga —la señalo con la mano—, su novio también es muy cursi.

—Lo sé, hija. Estos hombres de hoy en día son muy sensibles —responde Olga.

Volvemos a estallar en carcajadas. Nos lo estamos pasando genial. Comenzamos a picar las delicias que hemos preparado cada uno, ¡está todo riquísimo!

Yo de vez en cuando echo un vistazo a la pantalla del móvil para saber si Kike me ha escrito, pero por ahora no sé nada de él.

Anabel coge una botella de vino blanco y nos sirve a Jon y a mí en nuestras copas. No quiero beber más o de lo contrario no recordaré nada de este día porque ahogaré mis neuronas en alcohol.

—Yo prefiero agua, porfa. —Aparto la copa de mi lado.

—Vamos a brindar una vez mááás —pide Anabel.

—Niña, relájate o volverás a casa a cuatro patas —le recomienda Juan.

—Así quiero que me pongan, pero no tengo con quién —rechista.

Otra vez nos partimos de la risa. Anabel es una chica superatractiva que no tiene problema para ligar o enamorar al que se le antoje. Aunque no puede evitar ser la reina de todas las fiestas. Entonces, Anabel se sube a la mesa.

—¡Vamos a bailar! —exclama.

—Chica, bájate, que te vas a hacer daño —le pide Leo.

Pero ella sigue dando saltos sobre la mesa. Canta no sé qué canción porque entona fatal. Y cuando va a dar un giro a lo Bisbal, pisa un plato con sándwiches, resbala y se va a tomar por saco al suelo, ¡como si fuese una peonza!

¡Zas!, se escucha cuando cae de bruces y nos corta la respiración a todos. Tarda dos o tres segundos en moverse, que se me hacen eternos porque por un momento creo que se ha quedado seca. De repente, se levanta de un salto. Está de espaldas a nosotros mientras se sacude la ropa y se arregla el pelo. Y cuando se da la vuelta, se nos vuelve a cortar la respiración.

—¡Estoy bien! —anuncia.

No sabe que está sangrando por la frente. Va tan borracha que no nota nada. ¡Ay, mi madre! Voy a desmayarme si sigo viendo cómo le chorrea la sangre por la cara.

—Te odio —suspira mi hermana de mala gana.

—¿A mí? —Anabel se señala—, ¿por qué?

—Porque por lo ridícula que eres voy a perderme la cena —contesta Vanesa.

—¿Por?

—Porque te tengo que llevar a urgencias, mamarracha. ¡Estás sangrando como una cerda! —argumenta enfadada.

Mi hermana coge los abrigos de Anabel y el de ella. Después, agarra a la borrachinga para llevársela a la calle.

—Voy a pedir un taxi y cuando estemos en el hospital os llamamos para contaros cómo está, ¿ok? —explica Vanesa.

—¡Voy con vosotras! —le informo.

—Lo que faltaba, ¡otra alcohólica! —bufa mi hermana—. Tú te quedas aquí.

Leo insiste en acompañarlas, pero Vanesa prefiere ir sola con ella para que nadie más se quede sin cenar.

Cuando se van, nos quedamos preocupados. Aunque hemos visto que Anabel estaba bien, nos da pena que se pierdan la cena.

—¡Ya no se bebe más! —exclama Leo—. No sabéis controlaros. Así que nada de alcohol.

Jon y yo nos echamos a reír. Pero se me pasa el pedo y la broma cuando veo aparecer a Kike por la puerta. Está afuera, llamando para entrar.

¿Es él?

¡Es él!

Capítulo 13. La tormenta

Corro para abrir la puerta. Kike sonríe al verme, yo le devuelvo la sonrisa. Mi corazón late con fuerza al estar con él.

—¿Qué haces aquí? —pregunto ilusionada.

¿No aguantaba más sin verme y ha vuelto?, ¿está tan enamorado que no puede pasar un segundo sin mí?, ¿va a confesarme que soy su nueva musa?

—La tormenta es tan intensa que han suspendido todos los trenes —contesta.

¡Vaya! Tal vez me había emocionado un poquito, ¿no?

Entramos a la cafetería y les presento a Kike. Olga, Juan y Anabel ya lo conocían. Jon y Leo le regalan un gran abrazo.

—¿Así que eres el novio de Belén? —dispara Jon, que no controla por los tragos de más.

Yo me quedo catatónica. No puedo ni moverme.

—Claro, y vengo a pedirle matrimonio —bromea Kike.

Respiro aliviada ante el comentario de él, restando importancia al comentario de mi amigo.

Después, pasamos una velada estupenda entre risas.

Al terminar de cenar, decido preparar cafés y Kike me acompaña. La intimidad que nos brinda este momento me invita a preocuparme por él.

—¿Cómo estás?

—Bien —contesta—. Estoy acostumbrado a que pasen estas cosas cuando salgo de gira para firmar.

—¿No te da un poco de tristeza no estar con tu familia? —insisto.

—He llamado a mi hermana para contarles lo que ha pasado. No puedo hacer mucho más. —Se encoge de hombros.

—Ya...

—Aunque cuando estaba en la estación, he pensado en no coger el tren —me explica.

—¿Por qué? —pregunto.

—Quería verte. Necesitaba verte otra vez.

Me quedo sin aliento. El corazón me late tan fuerte que creo que se me va a salir del pecho.

Sonrió. Estoy abrumada. Nunca nadie me había hecho sentir tan especial.

—Se me va a hacer difícil volver a Madrid y no verte todos los días. Lo de la tormenta ha sido como un regalo navideño.

—Seguro que los demás pasajeros no opinan como tú —respondo, evitando el tema sentimental. ¡No! No puedo esquivarlo. Un hombre maravilloso me está abriendo su corazón—. Kike, no nos conocemos de nada. No sabes cómo soy ni yo sé nada de ti. Quizás estamos siendo un poco irresponsables al dejarnos llevar, ¿no?

—Lo irresponsable sería dejarte escapar —asegura.

Trago saliva. Sé que es una locura, pero ¡yo siento lo mismo! Desde el momento en que lo vi, supe que era especial. No quise aceptarlo porque me da miedo seguir a mi corazón por temor a que me lo rompan. Sin embargo, ¿por qué no voy a intentarlo? Él me está demostrando que quiere luchar por mí.

—Pocas veces pasa esto, Belén. O, ¿acaso puedes decirme si te ha sucedido alguna vez más? ¿Has sentido esta atracción irremediable por alguien más? Porque a mí es la primera vez que me pasa y ¡es muy fuerte! Así que voy a seguir mi instinto, si me confundo no me lamentaré porque habré hecho lo que sentía en el momento.

—¿Será la magia de la Navidad? —susurro.

—Será que eres increíble —asegura.

Nos fundimos en un beso apasionado. Después, nos miramos con cariño.

—Yo también voy a seguir a mi instinto —revelo.

—¿Eso qué significa? —Frunce el ceño.

—Que nada me hará más feliz que seguir conociéndote —contesto.

—Ni a mí —añade.

Entonces suena mi teléfono. ¡Es Vanesa! Con la llegada de Kike, ¡se me había olvidado que mi hermana y Anabel estaban en urgencias!

—Chicas, ¿cómo estáis? —respondo al descolgar.

—Hola, Belén. Todo está *ok*. Solo ha sido un golpe. Le han puesto dos puntos y ahora salimos —me explica Vanesa.

—¿Venís aquí? —le pregunto.

—Ejem... No.

—¿No?

—Es que... hemos conocido a unos enfermeros muy simpáticos que estaban de guardia y nos han invitado a una fiesta —contesta mi hermana.

—Sois un par de arpías, ¡ligáis hasta en urgencias! —bromeo.

—Somos un imán para los chicos guapos —suelta mi hermana entre risas.

—¡Pasadlo muy bien, chicas!

—Gracias, hermanita. Dale un beso al resto de la tribu.

Al colgar, Kike me mira con dulzura.

—¿Todo bien? —se interesa.

—Sí, era mi hermana, se le ha mejorado la noche.

Entonces Kike me abraza por la espalda y me besa el cuello.

—¿Qué te parece si yo te mejoro la vida? —susurra.

—Suen a proposición indecente —respondo entre risas.

—Entonces, ¿qué te parece si nos mejoramos la vida *juntos*, como el título de mi novela?

—Me parece maravilloso.

Epílogo

Te pongo al día, ¿ok? Han pasado dos meses desde la cena de Nochebuena. Olga y Juan cada día están más empalagosos. Van a todos los sitios cogidos de la mano, son inseparables y tremendamente felices. ¡Son la pareja más adorable del barrio!

Mi hermana y Anabel ligaron con dos enfermeros de urgencias, pero pasan de ellos. Aunque han descubierto que juntas se lo pasan muy bien y son compañeras ideales para salir de fiesta y ligar con chicos.

Jon y Leo, ¡se han prometido! Estoy muy ilusionada porque se conocen desde hace muchos años y llevan saliendo media vida juntos. ¡Ay, no me lo puedo creer! Yo voy a ser una de las damas de honor. Y eso es todo un honor.

Y yo estoy enamoradísima de Kike. Ahora sí que lo puedo decir; ¡le quiero! Es un hombre increíble, cariñoso, inteligente y está cañón. En la cama somos un volcán. Todos los días hablamos durante horas por teléfono. Y nos vemos los fines de semana. ¡Ha sido maravilloso seguir nuestro instinto!

Ahora estamos en una barquita del Retiro, este finde me ha tocado a mí venir a Madrid. Después iremos a cenar, más tarde haremos el amor en su casa y nos pasaremos toda la noche charlando y haciendo planes de futuro. Está pensando en venir a Zaragoza para vivir juntos y adoptaremos un gatito. ¡Sí, qué fuerte! Pero aún es pronto para eso. Aunque te diré una cosa: en la vida hay que dejar de idear planes para el futuro y actuar ya. Vivir el momento, atreverse a enamorarse a primera vista un día de Navidad, aceptar los sentimientos y ser valientes para amar.

Porque la vida es como un latido del corazón: fuerte, frágil y fugaz. Y yo pienso aprovechar cada latido del mío.

Agradecimientos

Gracias a mi familia y amigos, por creer en mí siempre.

Gracias a Selecta, por tener fe en el amor.

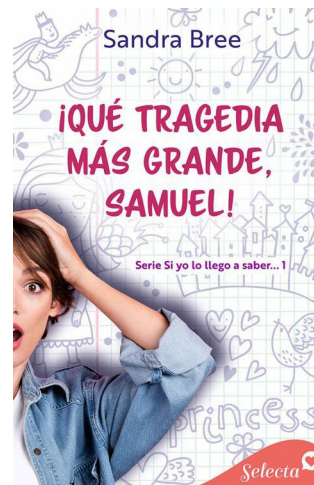
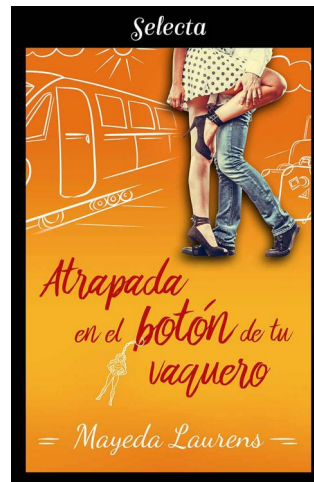
Gracias a mis lectores y lectoras, por su apoyo y amor.

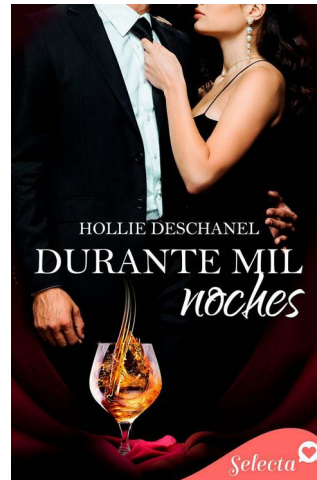
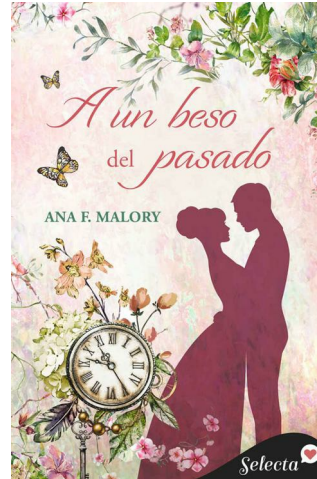
Gracias a ti, que has leído este relato.

Si te ha gustado

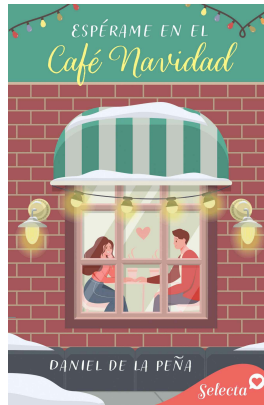
Espérame en el café Navidad

puedes disfrutar de estas





Una preciosa cafetería ubicada en el centro de Zaragoza.
Una mujer que ha dejado de creer en el amor.
Un escritor de romance que enamora.
Unos clientes muy divertidos.



La protagonista de esta historia trabaja en el **Café Navidad**, una preciosa cafetería que abre sus puertas para recibir a sus clientes siempre con una sonrisa. A ella le encanta su trabajo, el contacto con la gente y complacer a los demás, tanto, que a veces se olvidada de sí misma.

Una tarde entra en el café un hombre apuesto y encantador. Pronto surgirá la atracción... Y el flechazo..., **porque las historias de amor más apasionadas acontecen con un delicioso café y en Navidad.**

Daniel de la Peña. Zaragoza (1983). Escritor y productor de audiovisuales. Desde joven siempre ha sentido curiosidad por el mundo de la comunicación. Autor de *Triunfadoras*, *Un regalo prodigioso* y *Triunfadoras 2.0*. Ha firmado entrevistas de portada para la revista *Mujer* del periódico *El Mundo Cantabria* y para *Divinity*. Defensor de la igualdad, apasionado de las entrevistas y de las comedias. Actualmente es uno de los influencers más reconocidos de Aragón y compagina la escritura, con entrevistas y su trabajo en redes sociales.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: diciembre de 2023

© 2023, Daniel de la Peña

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18646-35-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Espérame en el café Navidad

Prólogo

Capítulo 1. El primer reparto de la mañana

Capítulo 2. La adorable pelirroja

Capítulo 3. Nueva vida

Capítulo 4. Hace calor

Capítulo 5. Celestina

Capítulo 6. Celos

Capítulo 7. Hablar por no callar

Capítulo 8. Presentación

Capítulo 9. Actualizando...

Capítulo 10. Comienza la presentación

Capítulo 11. Dedicado

Capítulo 12. Invitado de lujo

Capítulo 13. La tormenta

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Daniel de la Peña

Créditos